

## Del futuro al pasado olvidado: diversidad y/o alteridad cultural<sup>1</sup>

Por: Nelson Vallejo-Gómez

(Traducido del francés por Mercedes Vallejo, UPB, Medellín)

*“No apaguéis el espíritu; no menospreciéis las profecías;  
examinadlo todo, retened lo que es bueno,  
absteneos del mal bajo cualquier forma”*  
San Pablo a Los Tesalónicos

Para encontrar en nuestro presente incierto la aurora del porvenir, será necesario escuchar y mirar de nuevo lo que yace, agitando el futuro, en el pasado de las culturas mestizadas. El horizonte de este porvenir es y será: la tolerancia. Así, para que emerja en esta Tierra humanismo con rostro humano, una *Nova Humanología*, es necesario encontrar el “futuro olvidado” en y por la tolerancia. Es necesario recorrer con el espíritu ciudades, culturas, lugares de memoria compleja que son como homenajes a la tolerancia en un momento en el cual la concordia en la inteligencia está amenazada por el fanatismo, por el egoísmo y por el odio del otro en su irreductibilidad de sí mismo; en un momento en el cual aparece la angustia suprema en los espíritus que ya no logran entenderse en la comprensión de las lógicas diferentes y opuestas y, sin embargo, complementarias a la vida.

Existen, en efecto, lugares que conservan en la memoria el testimonio de un “mosaico de comunidades” -aunque algunos quieren verlos como el espejo de una historia monocorde e identificable-. Dichos lugares son el recuerdo de la concordia, de la alteridad y de la tolerancia; trazan en las viejas piedras, que forman los muros de hoy, el arte de saber que una ciudad y una cultura se hacen de “cruces”, de mestizajes inter-retroactivos. Yo lo vi y lo viví una noche en la frontera entre oriente y occidente, en Tesalia -consagrada en 1997 como ciudad europea de la cultura: Thessalonikè alejandrina, luego bizantina o Salónica, otomana o “nueva Sefardí”, y finalmente, Tesalia, ciudad compleja.

Para pensar en la cultura, necesitamos tener en mente la complejidad histórica y creadora de *memorables lugares* que dan cuenta del intercambio cotidiano y vital de los grupos organizados en etnias y religiones diferentes, auto↔eco cultivándose a partir de civilizaciones ricas y variadas en la encrucijada ardiente de lo familiar y de lo extranjero. Es así como, pensando en la complejidad histórica de esa “parte planetaria”, pienso en la

---

<sup>1</sup> Este texto es la traducción, que agradezco con creces a Mercedes Vallejo, de una ponencia que, por pedido de Edgar Morin, tuvimos el honor y el placer de presentar en la Conferencia Internacional, *Environment and Society, Education and Public Awareness for Sustainability*, organizada por la UNESCO y el Gobierno de Grecia, en Tesalónica, 8-12 de diciembre de 1997, con motivo de la consagración de la ciudad de Tesalónica como Ciudad Europea de la Cultura.

tríada conceptual cultura↔ética↔equidad, a la que le sigue un “bucle complejo”, operador que se define en la obra de Edgar Morin<sup>2</sup>.

Una reflexión en “bucle complejo” significa que no podríamos aislar o hipostasiar ninguno de los términos o nociones sobre los cuales trata una reflexión. “Cada uno (de los términos o nociones) tiene sentido en su relación con los otros. Hay que concebirlos juntos, es decir, como términos a la vez complementarios, concurrentes y antagonistas”, escribe Morin<sup>3</sup>. Dicho de otra manera, en el asunto que aquí nos ocupa, la cultura, concebida sin ética, no es más que el maquillaje o la máscara de un espíritu frívolo; sin equidad, no es más que lujo de esteta contrariado por una minoría. En cuanto a la ética, no podríamos concebirla sin un contexto cultural que exija de los individuos una reflexión sobre su conducta tendiente al bien o por lo menos a lo mejor. Esta ética hace surgir en un acto o juicio equitativo su cualidad propia, es decir, la justicia. Pero, la equidad no existe sin una cultura que codifique e institucionalice un sistema de reglas o principios que obliguen a los hombres a un mínimo de equidad, cuando su egoísmo, su indiferencia o su negligencia lo lleven a una acción o juicio; tal es el caso, por ejemplo, del Código de Hammurabi, de las Tablas de Moisés o de la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Dichas reflexiones pueden contribuir, de cierta manera, a la viabilidad de los proyectos educativos que sin ningún prejuicio tengan la posibilidad de encontrar en la cultura una emulación y no una barrera a la reflexión, a la comprensión de sí mismo y de los otros. Tal preocupación de equidad sólo puede existir si todos aquellos que deben tenerla, aplicarla y/o controlarla lo hacen pensando que sus actos los comprometen en tanto que persona responsable y que, por consiguiente, no solamente pueden sino que deben estar en capacidad de rendir cuentas sin recurrir a ningún principio de autoridad -o disfunción sistémica, que diluiría en lo indeterminable su acción y su juicio.

La cultura debe ser la impulsión constante y desinteresada hacia otro sí mismo, de donde se toma la alteridad o el alter ego, y de donde yace el vínculo más fuerte entre cultura y ética<sup>4</sup>; es decir, la inclusión del sujeto que reflexiona sobre la comprensión/apropiación de una cultura que todo individuo debe operar si desea aprehender algo, por poco que sea el espíritu que lo anime ya que éste es el que da sentido al mundo que dicha cultura organiza. Allí se reflejan las diferentes formas de vida y de pensamiento en las cuales el individuo se expresa para encontrarse o diferenciarse, el sujeto reflexivo en cuestión. Como parece que la cultura acoge al individuo de todas partes, entonces, el auto-análisis de

<sup>2</sup> Cf. Morin, Edgar. *Introduction à la pensée complexe*. ESF éditeur, Paris, 1990. Trad. Marcelo Pakman por Editorial Gedisa, S.A., Barcelona, 1994.

<sup>3</sup> Véase la noción de « boucle tétralogique », in *La Méthode I. La Nature de la Nature*. Ed. Seuil, 1977, P. 56. Trad. Ana Sanchez, Ed. Cátedra, Madrid, 1981, p. 74

<sup>4</sup> Véase el análisis de Hannah Arendt en su estudio sobre *El sistema totalitario* (*The origins of Totalitarianism*, New York, 1951), donde muestra cómo y por qué la relación malsana que hostiga dicho régimen entre ‘ideología y terror’ lleva a la “ruptura consciente de aquel *consensus juris* que, según Cicerón, constituye al ‘pueblo’, y que, en tanto ley internacional, ha constituido el mundo civilizado en los tiempos modernos, puesto que, hasta en periodos de guerra, permanece piedra angular de las relaciones internacionales”. Trad. en francés, Ed. Seuil, Paris, 1972, p. 206

comprensión/apropiación de una cultura necesita una elección personal, una ética o autocrítica frente al conjunto cultural de dogmas cristalizados que siempre estipulan las interrogaciones fundamentales: ¿Qué es el individuo? ¿El hombre? ¿La vida? ¿La verdad? Todas las culturas poseen respuestas “prêt-à-porter” sobre estas preguntas. Es prácticamente cuestión de supervivencia. Lo que es más extraño, en cambio, es encontrar en una cultura la libertad y la emulación para responder uno mismo. Se podría decir incluso -como hipótesis, claro está, que la riqueza de una cultura, su maza crítica para mantener entrelazado y vital su *consensus juris*, se mide de acuerdo con el poder de invitación que genera para que un individuo busque allí “cultivarse”<sup>5</sup>, “formarse” y sobre todo “reformarse”, “liberarse”. Entre más libertad de “cultivarse” dé al individuo una cultura, más contribuye a su proceso de humanización. Además, no hay un proceso que aparezca como algo abstracto o universal; lo que hay que hacer es “cultivarse”. Esa es, en el fondo, la tarea particular, personal, *ética de reglamentar la medida, el valor comercial y el peso de las cosas* (Nietzsche, en *Schopenhauer educador*). Esto no debe entenderse en el sentido degenerado de la sofística según la cual seríamos “nosotros mismos la medida de todas las cosas”; solamente un solipsista, un tirano, un loco o un egocéntrico cree “ser la medida de todas las cosas”; y, en el otro extremo, sólo un imbécil cree en la total “objetividad de las cosas”.

Existe, sin duda, un equilibrio frágil y siempre repetido en la equidad de un juicio: ni muy subjetivo y lo suficientemente objetivo. Hablar de la cultura como uno de los elementos fundamentales del proceso inacabado de humanización -mencionado anteriormente-, es sugerir el papel principal que la cultura ha jugado en el hecho de devenir homo-sapiens en el “escenario de la hominización”<sup>6</sup>. La cultura sería el surgimiento de una red compleja de auto-eco-reorganización que se teje de encuentros e interacciones entre el individuo y la sociedad y la naturaleza y la libertad; pero, sobre todo, sería el indicio de la verdadera esperanza que tenemos de cultivarnos, es decir, de reflexionar sobre nuestra propia cultura teniendo en cuenta lo inconcluso de nuestro ser. Prueba de ello, si es necesario, es que podemos enriquecerlo de nuevas formas y enriquecernos espiritualmente. Sin duda alguna, Rousseau, por ejemplo, habría podido vituperar cierto tipo de cultura que, en lugar de enriquecer el espíritu humano, lo corrompiera. Se trataba, en efecto, para este “anunciador de la Próxima Revolución” (la imagen es de Jean Starobinski) de una cultura alienada por los valores pervertidos de una sociedad monárquica desprovista de igualdad y de fraternidad. Es por ello que el orden social injusto de este tipo de cultura fomenta el egoísmo y la inequidad. La cultura de una sociedad sin equidad es acusada por Rousseau, burlada y denunciada por Voltaire. En esta sociedad, la cultura no parece ser otra cosa más que lujo, voluptuosidad y porcelana de colores. Ella no invitaba al individuo sin distinción social a “cultivarse”, a reflexionar por sí mismo y a ser un hombre libre.

---

<sup>5</sup> Véase el tema de la ilustración y la libertad de pensar por sí mismo, el criterio propio, discutido por Kant en su famoso opúsculo: *Was ist Aufklärung?* (¿Qué es la ilustración?).

<sup>6</sup> Véase el ensayo de bioantropología por Edgar Morin, *Le paradigme perdu : la nature humaine*, Ed. Seuil, Paris, 1973. Trad. Agustín Pániker, Ed. Kairós, Barcelona, 1974

Hay que pensar el fenómeno cultural como algo viviente, moviente, complejo y no como un recorte estructural que traza, en un conjunto de elementos fijados a ciencia cierta por alguna instancia de poder, “la línea que separa el interior del exterior”<sup>7</sup>; la línea que separa, diría yo, los barrios buenos de los malos, los jóvenes *bien pensantes* y los de *la primera línea*.

Considerada como el surgimiento viviente del proceso humano de sociogénesis, la cultura no puede pensarse como substancia inmóvil que daría supuesto fundamento y autenticidad a alguna identidad cultural. La cultura es el *surgimiento*<sup>8</sup> de los procesos auto-eco-reorganizadores que participan en la formación de las reglas de identificación y de reconocimiento para una sociedad dada. Pero, lo que en realidad marca la diferencia específica y singular de una persona permanece irreductible al simple fenómeno cultural. Por esta razón, cualquier confusión entre cultura e identidad encubre ideología y voluntad de poder. Más aún, es reducir el ser a la cultura para instalar una “ontología cultural” pudiendo paralizarse en un espantajo conceptual e ideológico. Reducir a lo cultural lo que hace el sentido propio, la cualidad propia -la ética de una persona- su diferencia deseable y emuladora hasta en el parpadeo<sup>9</sup>, es olvidar que la cultura es a veces dispositivo para integrar, conservar, y reorganizar lo adquirido y otras veces aptitud para “desarrollar la naturaleza humana”<sup>10</sup>. Dicho de otra forma, la cultura no puede ser la última instancia del sentido o el fundamento identificable del ser, ya que ella contiene en sí la impulsión de su propia superación. En resumidas cuentas, la cultura produce alteridad en sí misma, dentro de sí misma y para sí misma. Esta es una de las lecciones considerables que se infunde en nosotros si nos cultivamos.

En realidad, el problema de la identidad se inscribe en una cultura en tanto las cuestiones relacionadas con conceptos tan complejos como el origen, el ser, el fundamento, el reconocimiento se piensen de manera disyuntiva y simplificadora; en el fondo, no existe más que un interés disciplinar por la identificación del tercero, del meteco, para marcar lo que algunos llaman un “umbral de tolerancia”, es decir, la frontera de exclusión. En suma, la sola cultura no soporta los problemas complejos sobre el origen de los seres y, en consecuencia, sobre su propio origen, incluso sobre su proceso de identificación, ya que el individuo que reflexiona sobre ello constata enseguida que no es sólo cultura, ni sólo espíritu (en el sentido de la asimilación de los románticos alemanes: cultura=espíritu), el hombre es también natural, esto es, tiene un cerebro.

No es necesario retomar aquí el debate clásico entre materialistas y espiritualistas quienes nunca han logrado ponerse de acuerdo sobre su grado de corte antropológico. Edgar Morin

<sup>7</sup> Cf. Hall, Edward T. *Au-delà de la culture*. Ed. Seuil, Paris, 1987, p.224

<sup>8</sup> La idea de « surgimiento », « emergencia », es un nudo gordiano en la paradigmática del pensamiento complejo moriniano; es foco de la noción de *organización*, como indicador de maza crítica para marcar génesis y poíesis. Véase *La Méthode I*, p. 106, op. Cité.

<sup>9</sup> El hilo de oro del poeta Jean Giraudoux, cuando da una razón, quizás la única, por la cual *La Guerra de Troya no tendrá lugar* (Paris, 1935): “-**Ulises**: Conoce la razón de mi partida, Héctor... -**Héctor**: La conozco. La nobleza. -**Ulises**: No es precisamente por eso... Andrómaca tiene el mismo parpadeo de ojo que Penélope.”

<sup>10</sup> In *Le paradigme perdu*, op. citado, p. 99

resume la querrela estéril entre naturaleza/cultura (cerebro/espíritu) en una paradoja clave, en forma de pregunta abierta: “¿Qué es un espíritu que puede concebir el cerebro que lo produce y qué es un cerebro que puede producir el espíritu que lo concibe?”<sup>11</sup>. Es un hombre, no un rostro trazado en la arena (la imagen es de Michel Foucault, al cerrar *Les mots et les choses*), sino una cuerda tejida de contradicciones para resolver y de complejidades para pensar. Es por esto que “cultivarse” no es fácil. Es incluso “peligroso”, dice a menudo Morin, con la sonrisa delicada de la ironía socrática. “Cultivarse” no sólo presenta el problema de los medios y el de la equidad en el acceso a dichos medios sino también el problema ético de la elección personal en atención a un esfuerzo de pensamiento que necesita el valor de “pensar por sí mismo”, de tener un sentido crítico dialógico y no únicamente dialéctico. El verdadero sentido crítico rompe los círculos viciosos y restablece la dinámica reflexiva en un “círculo virtuoso”, genera autocrítica poética. En este sentido, hay creatividad, complejidad y dialógica. Hay *pensamiento complejo* porque hay comprensión de lógicas diferentes e integración de una multiplicidad de la diversidad en una unidad plural.

En los períodos de apertura e intercambio tanto al interior como al exterior hay ciudades que han sabido inventar esta unidad plural donde diferentes grupos étnicos y religiosos se auto-eco-reorganizan, Tesalónica en Grecia, hoy, ha sido una de ellas. Anamnesis y reconocimiento. Si existiera una lección de cosas, de cultura, de ética y de equidad que resonara en la memoria sin manuales partidarios de estas ciudades abiertas sería la de saber qué tan frágil, posible y bueno sería para los humano, vivir juntos la concordia en la diversidad cultural y construir en común el futuro en la alteridad, ser tejedores de *PoéticaDeCivilidad*.

---

<sup>11</sup> Cf. *L'esprit et le cerveau*, in *La Méthode 3. La Connaissance de la Connaissance*. Ed. Seuil, Paris, 1986. Trad. Ana Sánchez, Ed. Cátedra, Madrid, 1988, p. 78 : « El espíritu y el cerebro ».